



Portada: Foto Luis Mejía

ÍCONOS

REVISTA DE
FLACSO - ECUADOR

Nº 5. - Agosto, 1998

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no reflejan necesariamente el pensamiento de ICONOS

DIRECTOR FLACSO-ECUADOR
ARQ. FERNANDO CARRION

EDITOR ICONOS
FELIPE BURBANO DE LARA

CO-EDITOR ICONOS
SEBASTIAN MANTILLA BACA

CONCEJO EDITORIAL

HANS ULRICH BUNGER
FERNANDO CARRION
MARIA FERNANDA ESPINOSA
CORNELIO MARCHAN
FELIPE BURBANO DE LARA

PRODUCCION: FLACSO- ECUADOR
DISEÑO: K&T Editores Gráficos
IMPRESION: Edimpres S.A.

FLACSO ECUADOR

Dirección: Av. Ulpiano

Páez 118 y Patria

Telf: 232-029 / 232-030 /

232-031 / 232-032

Fax: 566-139

E-Mail: coords2@hoy.net

ICONOS agradece el auspicio de ILDIS y Fundación ESQUEL

INDICE

COYUNTURA

La reforma de la institucionalidad social en el Ecuador **4**
DANIEL BADILLO Y JULIO ECHEVERRIA

Límites y alcances del regionalismo **14**
FELIPE BURBANO



Las negociaciones Ecuador-Perú: ¿luz al final del túnel? **21**
ADRIAN BONILLA

La amazonía ecuatoriana: colonia interna **28**
MARIA FERNANDA ESPINOSA

Para vivir la diversidad **35**
RAMON TORRES GALARZA

ACTUALIDAD

La muerte del animador o el día de la bestia **40**
MARCIA CEVALLOS

La autorregulación del periodismo: un reto impostergable **48**
JOSE LUIS EXENI

IDENTIDAD

Los sirio-libaneses en el espacio social ecuatoriano **62**
MONICA ALMEIDA

Entre el estereotipo y la realidad **84**
HERNAN REYES



¡No hay razones para dudar ser longo! **96**
SALOMON CUESTA

DIALOGOS

Discurso, poder e ideología: entrevista a Teun van Dijk **106**
SEBASTIAN MANTILLA

FRONTERAS

Octavio Paz: erotismo y amor **114**
CARLOS ARCOS C.

¿Quién le teme a Octavio Paz? **119**
MARIA L. MARTINEZ

ENSAYO

El umbral. Bataille y la experiencia del límite **122**
GALO CEVALLOS

RESEÑAS

Reseñas bibliográficas: **140**
- Historia del siglo XX
- Pugna de poderes. Análisis crítico del sistema político ecuatoriano
- La otra cultura: imaginarios, mestizaje y modernización
- El fantasma del populismo

LIMITES Y ALCANCES DEL REGIONALISMO

Por Felipe Burbano de Lara
Profesor-investigador de FLACSO-Ecuador

Luis Eladio Proaño, el apologista y fiel servidor del PRE, sostenía en un reciente artículo editorial -"No-boa: un triunfo memorable" (El Universo, 3-VIII-98)- que "es natural que los serranos voten por los serranos y los costeños por los suyos, porque los conocen mejor y los sienten respectivamente más cercanos".

Los datos electorales muestran de manera inconstable esa inclinación "natural" de los ecuatorianos. En las segundas vueltas presidenciales de este período democrático, con las únicas excepciones de las de 1978 y 1996, las votaciones costeña y serrana se inclinaron a favor del candidato de su respectiva región (1). Desde el punto de vista del comportamiento electoral, el corte regional del país aparece como un factor decisivo, mucho más determinante que las ideologías, los proyectos políticos o las propuestas de gobierno. No importa tanto el contenido de las propuestas electorales, como el origen regional del candidato presidencial. Se podría sostener que las campañas electorales muestran, reiteradamente, las diferencias políticas que separan a serranos y costeños.

Ahora bien, la interpretación de las diferencias regionales como "hecho natural" resulta ambigua y muy problemática, puesto que escamotea el tema de fondo: la política en el Ecuador tiende a degenerar en una expresión de regionalismo e intolerancia política, con peligrosas consecuencias para la estabilidad de la democracia ecuatoriana. Las campañas electorales estarían mostrando no una distinción natural y enriquecedora de las diferencias regionales, sino la inviabili-



dad de un proyecto de unidad nacional. Una y otra vez nos vemos enfrentados al dilema de qué proyecto nacional puede ser viable en un país como el Ecuador. La última elección presidencial, quizá como ninguna otra, dejó un país sin espacios claros de diálogo y comunicación entre las dos regiones, un país escindido.

¿HECHO NATURAL, ELECTORAL O ESTRUCTURAL?

Cabe preguntarse, sin embargo, ¿hasta dónde el regionalismo de los procesos electorales es un hecho "artificial", o es un fe-

nómeno enraizado en la historia y en las estructuras del país? Mi punto de partida es que tiene ingredientes de los dos lados, pero exacerbados profundamente por acontecimientos de la política nacional en los dos últimos años. Dicho de otro modo, el regionalismo tiene un rostro electoral evidente, cuya explicación habría que encontrarla en la evolución histórica y política específica de cada región, así como en sus mutuas interacciones.

Se puede argumentar, en efecto, que las reglas electorales fabrican escenarios que favorecen o minimizan determinadas realidades políticas nacionales. Desde esta perspectiva, es posible sostener que, en el caso del Ecuador, el regionalismo no es sino una expresión artificial derivada de una cierta regla electoral, concretamente la segunda vuelta presidencial. Esto quiere decir que si bien las diferencias regionales están allí, existen, no se las puede soslayar, tienden a polarizarse y confrontarse cuando la política se plantea como un juego de selección entre dos opciones presidenciales finales, que generalmente enfrentan a un candidato serrano con uno costeño. Una posible conclusión sería, por lo tanto, que una vez concluido el proceso electoral, el regionalismo se diluye para expresarse como diferencias regionales tolerables y manejables.

La construcción de un escenario político polarizado por efectos de la segunda vuelta presidencial, que induce a una votación regionalista, puede contrastarse con el comportamiento electoral de los ecuatorianos tanto en las elecciones presidenciales de primera vuelta, como en las votaciones para elegir diputados provinciales y nacionales. Cuando hay más de dos opciones presidenciales, la votación es menos regional de lo que aparece en las segundas vueltas. La presencia de un mayor número de candidatos, diluye las expresiones regionalistas. Así ocurrió, por ejemplo, con la candidatura de Jamil Mahuad en la votación del 31 de

mayo. Su votación en la primera vuelta mostró una distribución regional mucho más equilibrada de lo que se produciría seis semanas después.

La pregunta obvia aquí es cuál de las dos votaciones refleja mejor el Ecuador, la de la primera vuelta, o la de la segunda. La respuesta es ninguna de las dos, puesto que cada una responde a escenarios distintos definidos por las reglas electorales. Por eso, la insinuación hecha del regionalismo como un fenómeno con un lado electoral, generado por las campañas presidenciales.

Una revisión histórica de las votaciones para elegir diputados muestra, de otro lado, dos hechos importantes: el primero, que se trata de una votación mucho más partidista que personalista (2); y segundo, que las expresiones políticas de las regiones tienden a ser más plurales, aún cuando conserven su carácter regional. (3) En las elecciones parlamentarias, las regiones no aparecen como "unidades indiferenciadas", "monolíticas", enfrentadas una a la otra, sino como espacios con di-

versidades políticas interiores. Se podría sostener que ciertas diferencias al interior de la región son, en muchos casos, más importantes que las diferencias entre las mismas regiones. Pongo un ejemplo: las diferencias entre el PSC y el PRE parecen hoy más fuertes que las diferencias entre el PSC y la DP, partidos éstos últimos con bases regionales claramente delimitadas.

Se replicará, por su puesto, que los comportamientos electorales presidenciales escapan a las determinaciones partidistas durante la segunda vuelta -como ocurrió en julio- y que, en consecuencia, los electores vuelven a comportarse de modo estrictamente regional. La objeción es válida, pero solo para la elección presidencial de segunda vuelta. Nos encontramos, ciertamente, frente a un electorado que, bajo determinadas circunstancias, antepone lo regional sobre cualquier otra consideración.

Una hipótesis que podría formularse es la

La explicación al regionalismo hay que encontrarla en la evolución histórica y política específica de cada región, así como en sus mutuas interacciones en el seno del Estado

siguiente: en las circunstancias políticas actuales del país, el presidencialismo ecuatoriano, con su fórmula de elección a doble vuelta, favorece el regionalismo.

Ahora bien, que el presidencialismo favorezca el regionalismo, (4) pone en evidencia un fenómeno de mayor dimensión política. Dada su diversidad y heterogeneidad, y sus débiles procesos de integración nacional, el Ecuador ha encontrado, y encuentra, permanentes dificultades para reflejarse en un liderazgo personalista. Ni siquiera Velasco Ibarra, que dominó la política durante tanto tiempo, puede decirse que construyó un liderazgo nacional. Los estudios sobre el velasquismo muestran la fortaleza electoral del fenómeno en Guayaquil y la costa, donde siempre se impuso sobre el liberalismo. No ocurrió lo mismo en la sierra, donde se imponía el conservadurismo, con excepción de las provincias de Pichincha, un bastión liberal, y de Chimborazo, donde sí ganaba Velasco. (5) ¿Dónde está, entonces, lo novedoso de la problemática actual del Ecuador? En el hecho inquietante, diría yo, de que todo liderazgo político encuentra límites y hostilidades en una región del país y, en consecuencia, se enfrentan a serios obstáculos para consolidar la democracia en el país. Esta afirmación es válida para todos los dirigentes políticos recientes: Borja, Mahuad, Nebot, Bucaram, Noboa, Febres Cordero, Hurtado. En las últimas elecciones, la división regional de la votación fue como nunca de estrecha, casi comparable con la de Febres Cordero en 1984. Pero a diferencia de lo que ocurre hoy, el triunfo del líder socialcristiano fue considerado legítimo, no fue puesto en duda. Entre uno y otro momento, se produce un grave desgaste de la legitimidad de los procedimientos electorales. Nos encontramos, pues, que a fines de siglo el liderazgo político vinculado a la figura presidencial, fragmenta al país, lo escinde regionalmente. Lejos de ser un símbolo de integración, es un símbolo de

desunión. Lo que parece bueno para una región, es abiertamente rechazado por la otra. Cada líder político, y ahora cada presidente de la República, parece hablar solo desde su región.

EL FENOMENO BUCARAM

Nada de lo que está ocurriendo actualmente en el Ecuador puede ser explicado fuera del período que va desde la elección de Abdalá Bucaram hasta la última elección presidencial, la más "anómala" de todo el período democrático, ya que supuso la interrupción del calendario electoral normal del Ecuador. Tanto la elección de Bucaram, un líder surgido al calor de Guayaquil y la lucha anti-oligárquica, como su destitución, cambiaron la historia regional de la política ecuatoriana, exacerbaron las tensiones, y dejaron herida a la democracia ecuatoriana en su legitimidad. ¿Será posible sanar la herida? ¿Cómo? Algo aparece claro hasta aquí: la exclusión y el aislamiento del PRE, dada su fortaleza, genera tanta inestabilidad política como su incorporación. Abdalá Bucaram es igualmente desestabilizador fuera como dentro del Ecuador.

Veamos lo que ocurrió en los últimos años. Bucaram fue echado del poder por una importante movilización social y política. Sin embargo, el alcance nacional de esa movilización se ha ido poniendo progresivamente en duda, hasta identificarla con un movimiento regional articulado desde Quito. (6)

Todo el procedimiento constitucional por el cual el Congreso destituyó a Bucaram, resultó forzado y hasta arbitrario. Una dudosa interpretación constitucional, fácilmente identificable como una maniobra política, se impuso sobre el hecho indiscutible de que Bucaram había sido electo presidente democráticamente. Se puede sostener, por lo tanto, que un hecho de muy dudosa validez -la interpretación constitucional de incapacidad

Tanto la elección de Bucaram, como su posterior destitución por un movimiento que hoy se identifica como esencialmente serrano, cambiaron la historia regional de la política ecuatoriana

mental- se impuso sobre la principal regla democrática, las elecciones como aquel pronunciamiento que confiere, finalmente, legitimidad a los gobiernos. La alteración del período presidencial rompe la continuidad registrada en el país desde 1979; es decir, rompe la continuidad del período de sucesiones presidenciales democráticas más largo de la historia republicana. ¿Cuánto resintió este hecho políticamente a la costa? Es difícil saberlo con precisión, pero no cabe duda que ha exacerbado elementos regionalistas. Bucaram es Bucaram, y el PRE es el PRE; es decir, estamos hablando de un liderazgo político y de un partido cuya fuerza no puer ser soslayada.

Habría que añadir el fracaso del interinazgo -que convirtió al movimiento del 5 de febrero en una continuación de muchos de los vicios políticos atribuidos a Bucaram- y el fenómeno de El Niño, con sus secuelas de pobreza, desamparo y angustia, como hechos que contribuyeron a exacerbar elementos regionalistas. Desde una cierta lectura, el movimiento del 5 de febrero fue la interrupción de un movimiento populista de base costeña, por la acción de una movilización serrana y elitista.

Lo más paradójico es que un escenario muy parecido al del 5 de febrero volvió a repetirse en la segunda vuelta electoral, con el apretadísimo triunfo de Mahuad sobre Noboa, y las posteriores denuncias de fraude. Volvió a recrearse la imagen de una democracia que escamotea permanentemente las victorias legítimas del populismo, cuya base es el roldosismo y los pobres de la costa. ¿Cuál es el significado de este hecho? Pues, que la democracia se vuelve un instrumento de imposición de un sector político, articulado desde Quito, sobre los sectores pobres de la costa.

Hace falta analizar con mayor profundidad de qué modo todo el proceso iniciado el 5 de febrero, y cerrado el 12 de julio, está marcado por esta "anomalía democrática" que supuso destituir a un presidente electo en las urnas, por un movimiento que hoy se identifica como serrano y elitista. Tengo la impresión que la política ecuatoriana no se recuperó de esa anomalía, no logró cicatrizar la herida, y que la segunda vuelta electoral del 12 de julio, por razones que también hacen falta explicar, mostró claramente sus huellas.



Dibujo: Marcelo Aguirre

También la estrategia del PRE se ha encargado de avivarla con permanente insistencia, como es obvio y comprensible. Hacia el futuro inmediato, su estrategia consistirá en hacer de esa anomalía una lucha regionalista, que perseguirá como una sombra al proceso político ecuatoriano. (7) Para el nuevo gobierno, esa anomalía significa una amenaza regionalista permanente, una "Espada de Damócles", si es que no logra articular una respuesta rápida, eficiente, creativa, a los problemas de pobreza, miseria y desencanto que golpean a la costa.

DETRAS DEL REGIONALISMO

Se puede argumentar que tras el movimiento del 5 de febrero, el fracaso del interinazgo y el fenómeno de El Niño, el sistema político ecuatoriano se muestra menos capacitado para dar una salida institucional al problema regional.

Desde mi punto de vista, los factores que exacerban los espíritus regionalistas, que los avivan de manera permanente, más allá de

los hechos recientes ya mencionados, son tres: a) el populismo, que hiere la sensibilidad y el racionalismo político de los quiteños, especialmente; b) el centralismo, que expresa un modelo político cuyo "eje civilizador" es Quito, y; c) la predominancia de la figura presidencial -costeña o serrana- por sobre los mecanismos más institucionales de un ejercicio democrático de la política.

Veamos cada uno de estos factores.

a) El populismo

La evolución política de la costa desde los años 40 está marcada por la presencia del populismo. La figura de Velasco Ibarra fue dominante en la política guayaquileña y costeña desde los 40s hasta finales de los 60s. Pero, a la vez, el populismo encuentra expresiones más locales: el CFP, primero, que domina entre 1950 y 1970; y luego el PRE, cuya influencia a lo largo del período democrático es decisiva.

El populismo significa construir las identidades políticas costeñas a partir de un juego antagónico entre el pueblo, representado por los líderes populistas, y la oligarquía. Esta construcción maniquea del espacio político se ha expresado en los últimos años como una disputa permanente entre el PRE y el PSC. Es sorprendente que a pesar de su diversidad social, económica y cultural, Guayaquil y la costa hayan quedado atrapadas en el juego de estas dos fuerzas políticas, sin dejar opción al apareamiento de otras tendencias. El fracaso del llamado centro-izquierda para penetrar en la costa, es muy revelador del predominio ejercido por el PRE y el PSC.

¿Cómo romper ese juego dicotómico, cerrado, de la política costeña? La única opción es a partir de lo que podría ser una evolución del PSC hacia una cultura más democrática, menos oligárquica, que le permita empatar con una concepción más tolerante y liberal de la política. Ese proceso requiere la renovación del liderazgo de Febres Cordero al interior del socialcristianismo. Ese relevo es una

condición necesaria para que el PSC encuentre un espacio de entrada en la sierra ecuatoriana, muy desconfiada de Febres Cordero después de su paso por la presidencia. Nebot

lo sabe claramente, y en esa línea se dirigen todas sus acciones. Su decisión de aproximar al PSC hacia la DP, y más recientemente hacia Pachakutik, apuntan en la línea de abrirse un espacio más claro en la sierra. Si lo logra, entonces el PSC podrá constituirse en un partido de mayor raigambre nacional, y Nebot en el puente para el diálogo político entre sierra y costa.

Pero este proceso socialcristiano requiere una contraparte serrana, que tampoco es fácil. Necesita apoyarse en la renovación de proyecto democrático de los fines de los 70s, asentado sobre rígidos principios anti-oligárquicos. Es indispensable, por lo tanto, que la sierra evolucione hacia una concepción de la modernidad, que le permita vencer sus resistencias frente a lo que se juzga como un estilo autoritario y oligárquico de ejercicio de la política.

Para la mayor parte de los serranos, las expresiones políticas identificadas en el lenguaje corriente con el populismo -Bucaram, Noboa- son manifestaciones de la demagogia, el primitivismo y la irracionalidad política, la corrupción y la desfachatez; absolutamente inaceptables, por consiguiente. Son fenómenos que hieren su sensibilidad y su racionalidad política y cultural, como lo demostró claramente el 5 de febrero. Hay una resistencia quiteña y serrana fuerte a todo lo que huelga a PRE.

b) El centralismo

A partir de los años 60s, pero con mucha más fuerza en los años 70s gracias al petróleo, el país puso en marcha un proceso de modernización cuyo eje fue el Estado. La democracia que se inaugura en 1979 tiene la marca de ese modelo de modernización.

Se trata de un proceso con dimensiones tanto institucionales como político-cultura-



les. Institucionales, puesto que el proyecto modernizador, cargado de reformas estructurales, implicaba un proceso de concentración y centralización del poder en el Estado, a expensas del poder de los grupos tradicionales dominantes, la oligarquía costeña y los terratenientes serranos. Pero, al ser un modelo centralista, que concentra el eje del poder estatal en Quito, genera la mayor hostilidad de los grupos oligárquicos y empresariales guayaquileños hacia el Estado.

Hay que entender el proceso de modernización como un proceso con efectos muy desiguales en la sierra y en la costa. Quito se convierte en un "centro" que irradia modernidad hacia el resto del país, al que se lo ve como un espacio arcaico y tradicional. Al convertirse en centro modernizador, Quito asume el estatus de un "eje civilizador", especialmente de la costa y el populismo.

Este modelo estatal está hoy en crisis, por la misma debilidad del Estado. La crisis plantea como reto evolucionar hacia una concepción descentralizada del Estado. El sentido de la descentralización no está claro, porque los quiteños se resisten a dejar de ser el centro de la política, y los guayaquileños la principal contraparte de ese centro. En realidad, el centralismo ecuatoriano ha generado un eje polarizado fuerte de articulación -Quito y Guayaquil-, con relaciones muy desiguales de cada uno de esos polos frente a sus zonas de influencia (las regiones).

La modernización centralista también produjo desarrollos desiguales en términos de la cultura política. Mientras los quiteños, y aquí habría que incluir a sus propios grupos hegemónicos, evolucionaron hacia una cierta forma de modernidad política -primero con Plaza y Ponce, y luego de la mano del Estado-, en la costa los grupos oligárquicos conservaron sus espacios políticos, en especial controlaron el poder económico y el prestigio social, su gran arma de exclusión y distinción.

Hay que atribuir la mayor modernidad de Quito, y su mayor influencia sobre la sierra, a la presencia de la tecnocracia y burocracia

estatal expandida durante los años 60s y 70s. El desarrollo de la tecnocracia supone innovar, modernizar, racionalizar, los enfoques sociales y económicos del país y la búsqueda de soluciones a sus problemas. El corte más radical con el mundo tradicional de la sociedad ecuatoriana, sobre todo en sus bases terratenientes, pero también ideológicas y culturales, ocurre a partir de los años 60s con las políticas de reforma estructural. Todo el proceso es conducido bajo gobiernos militares, y el predominio ideológico de una tecnocracia, entendida como nuevo cuadro de gobierno y manejo estatal.

Nuestra modernización también se definió por oposición al populismo. Uno de sus objetivos era desterrar el populismo del ámbito

político nacional. Lo fue en 1963 y en 1972 mediante golpes militares en contra de Velasco, y ante el peligroso ascenso de Assad Bucaram. En 1979 fue también una argucia constitucional la que dejó fuera de la lucha presidencial al líder cefepista. La revuelta del 5 de febrero tuvo, en un cierto sentido, la misma significación. En consecuencia, el proceso de descentralización debe ir acompañado de una redefinición de las relaciones

entre modernización y populismo, cargadas de un sentido civilizador desde Quito hacia Guayaquil y la costa, y su consiguiente respuesta.

c) El personalismo presidencial

Un tercer elemento fundamental tiene que ver con el fortalecimiento del sistema político frente al Estado y frente al personalismo del presidencialismo ecuatoriano. Como se argumentó al inicio, el proceso político ecuatoriano pareciera no poder articularse a partir de la figura presidencial, ya que por su naturaleza regional, constituye un débil símbolo de identificación nacional, fragmenta la escena política, a la vez que obstaculiza el juego de las instituciones democráticas.

Deberíamos empezar por aceptar la idea de que las instituciones y los partidos pueden

El sentido de la descentralización no está claro, porque los quiteños se resisten a dejar de ser el centro de la política, y los guayaquileños la principal contraparte

ser más representativos, en conjunto, que la figura presidencial. Mientras más incluyente sea el juego político en términos institucionales y partidarios, menos importante será la figura del presidente para asegurar la estabilidad en el ejercicio del gobierno.

En términos institucionales, ser más incluyente significa reconocerle al Congreso un espacio decisivo en la formulación de las políticas públicas, en lugar de centralizar esa responsabilidad en el Ejecutivo. Dicho de otro modo, significa conectar las políticas públicas con la representación política expresada en el Congreso. Al abrir espacio al Congreso, se abre espacio a los partidos, con lo cual la política puede reflejar de mejor manera las diversidades del país. Se vuelve necesario entender la gestión del gobierno como una tarea del conjunto del sistema político -Ejecutivo, Congreso y partidos- y no como exclusiva del Ejecutivo. Esta fórmula podría expresarse de la siguiente manera: hace falta introducir elementos parlamentarios en el sistema político ecuatoriano, sin abandonar el presidencialismo. Un juego democrático más

asentado en el sistema político, también permitirá sacar a la política de su matriz estado-céntrica, muy identificada con el Ejecutivo, el presidente de la República y el "centralismo civilizador" de Quito.

A MANERA DE FINAL

Este análisis se abrió con una cita de Luis Eladio Proaño y se cierra con una condena a cualquier estrategia político-electoral encaminada a exacerbar los elementos regionalistas. El presupuesto analítico de Proaño -el hecho regional como "natural"- escamotea el problema de fondo, su derivación hacia formas regionalistas mutuamente excluyentes. No estamos, por lo tanto, frente un "hecho natural", sino ante un fenómeno político-social. Una estrategia política hacia el futuro inmediato tendría que plantearse como propósito neutralizar los elementos regionalistas, para intensificar el débil proceso de unidad nacional, en lugar de apostar cómoda y malévola hacia el regionalismo como arma política para victorias pírricas.

NOTAS:

(1) Por muchas razones, la elección de 1978 es única en el período. Se trata de la primera votación en diez años, y la que da inicio al período más largo de continuidad democrática en la historia republicana. La elección presidencial de 1996 enfrentó en la segunda vuelta a dos candidatos costeños, Jaime Nebot y Abdalá Bucaram. Desde el punto de vista del "equilibrio regional", esa segunda vuelta supuso una "anomalía", que ha tenido ondas repercusiones sobre los elementos regionalistas de la política.

(2) Sobre la doble lógica que caracteriza a la votación de los ecuatorianos, consúltese el documento # 4 del proyecto Cordes-Gobernabilidad. "Temas para la reforma constitucional ecuatoriana", Quito, Cordes, Konrad Adenauer, 1998, pp. 3-41

(3) Hay que subrayar los reduccionismos en que suele caer el debate sobre "regionalismo", ya que niega la existencia de diferencias políticas al interior de costa y sierra. Como se verá más adelante, el tema del regionalismo hay que combinar con el del centralismo, para tener una visión más completa de su problemática. El centralismo nos remite a una visión más plural y diferenciada del país, y de

cada una de sus dos regiones.

(4) Las relaciones entre presidencialismo y regionalismo han sido tratadas por José Sánchez Parga en su reciente libro "Pugna de Poderes. Análisis crítico del sistema político ecuatoriano", Quito, Abya-Ayala, 1998.

(5) El trabajo de Lisa North y Juan Maiguascha (1991) sobre el velasquismo, constituye un análisis muy serio sobre las bases electorales de este fenómeno entre 1948 y 1968.

(6) Debería ser investigado con mayor rigor todo el proceso de movilización que terminó con la destitución de Bucaram. Al inicio, quizá por la euforia, se manejaba la idea de haber sido un movimiento con amplias bases nacionales. Posteriormente, la "impresión" que se tiene es que fue un movimiento exclusivamente serrano. Nos movemos con demasiada facilidad en un mundo de "impresiones".

(7) Aquí se pone a prueba la idea de este artículo sobre el regionalismo como un recurso político de las campañas electorales. Habrá que ver cuánto sigue pesando sobre el proceso político posterior la apelación regionalista del 12 de julio. A esa otra dimensión del fenómeno apunta la idea de una "anomalía" producida en el sistema democrático ecuatoriano.